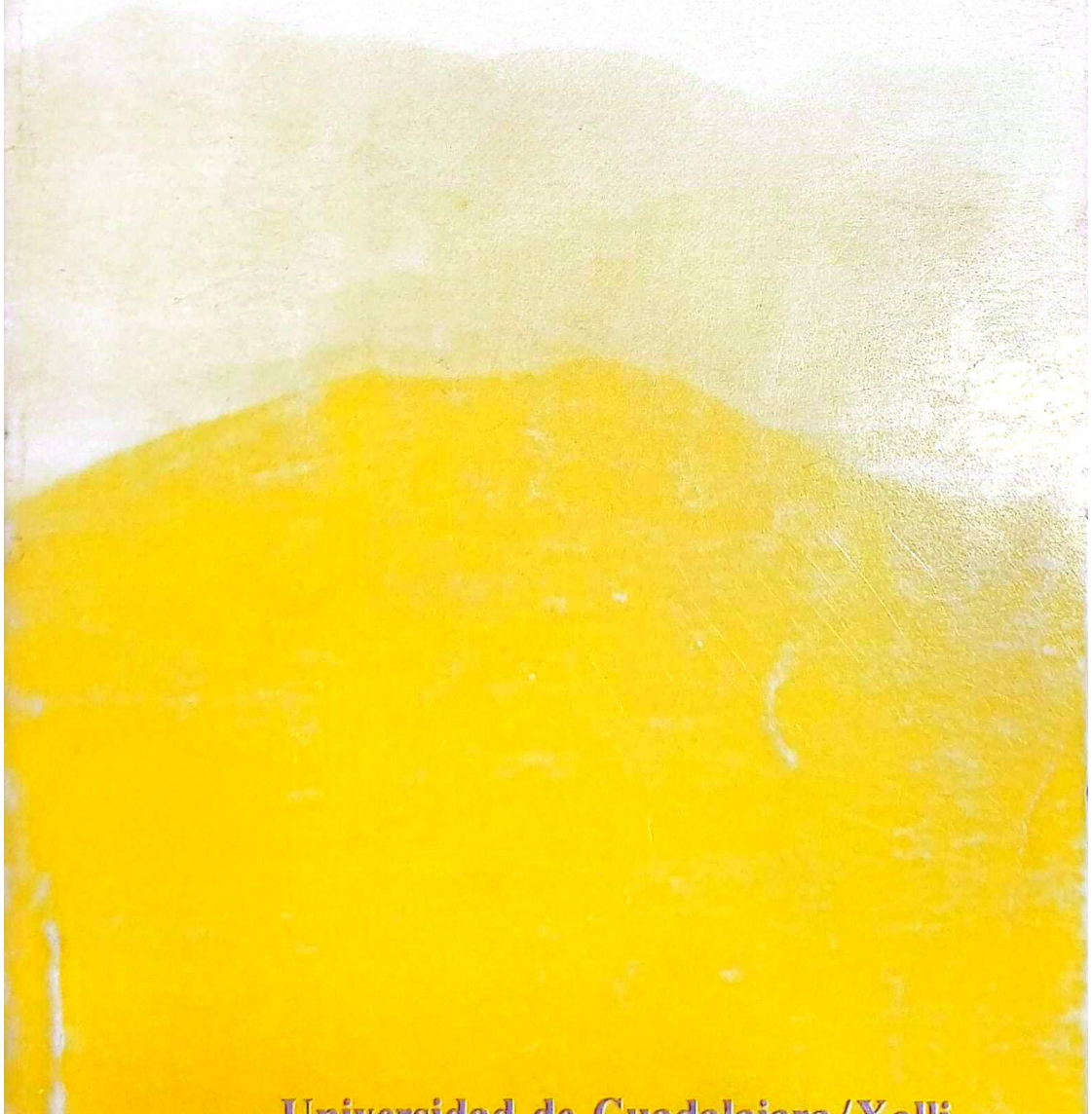
Fábulas y versos

Ramón Rubín



Universidad de Guadalajara/Xalli

Fábulas y versos

Fábulas y versos

Ramón Rubín

Universidad de Guadalajara / Xalli

Portada: Felipe Garrido/Armando Lira
Fotografía: Mario Ayala

Primera edición, 1991

© Universidad de Guadalajara / Xalli
Escuela Militar de Aviación, 16
Guadalajara, Jalisco

Impreso y hecho en México

Prefacio

Nunca soñé con ser poeta. Tal vez tenía en mis afanes contemplativos y en mi tendencia a idealizar la naturaleza algún elemento favorable a ese propósito. Pero a lo largo de mi vida las premuras, los apremios que mis muchas obligaciones me imponían, me negaron el tiempo necesario para enervarme en sueños líricos tal como lo exige la poesía.

Sin embargo alguna vez caí, como es común a todas las personas, en la tentación de exaltar y rimar algunas impresiones, de la cual surgieron los cinco romances que van a continuación. En ellos se advierte un esfuerzo ímprobo por seguir la pauta del garcíalorquismo tan de moda entre los bardos de mi juventud. Pues yo también me enervaba con mis contemporáneos releyendo y recitando de *El romancero gitano* aquella estupenda "Casada infiel" y otros de sus romances.

En 1937, a mis veinticinco años, en circunstancias económicas desesperadas, tuve el alivio de que se me premiaran dos cuentos con doscientos pesos en los Juegos Florales del Carnaval de Mazatlán. Esperaba con ansiedad el mismo certamen en 1938, para el

que ya tenía preparados otros dos relatos en prosa, cuando apareció la convocatoria, en la que sólo se premiaba la poesía. De un esfuerzo ímprobo por superar esta frustración nació ese "Romance de Mazatlán" al que le otorgaron un tercer premio sin otro beneficio que el honor y el consiguiente diploma.

Otros de estos versos, donde queda de manifiesto mi fervor por la naturaleza, surgieron del fastidio de mis largos viajes por rumbos de una esterilidad impactante, y el "Romance del buen indio Juan Domingo" fue el resultado del fracaso de un llamado a concursar en la revista *Creación*, que yo dirigía, con una exaltación poética de nuestros indígenas equivalente a la que merecían el gitano y el negro. Nadie respondió a esa excitativa, y por atenuar el desaire, escribí yo mismo esos versos que se publicaron como de autor anónimo en dicha revista.

No aliento ni la mínima pretensión de ser encasillado con esta magra cosecha en el Olimpo de la poesía, pero como muy míos que esos poemas son, creo que merecen la oportunidad de salir en letras de molde. Ustedes juzgarán si el hecho de figurar con las cinco fábulas constituye una temeridad de mis instintos paternales que excede todo lo razonable.

El Autor

Mis únicos versos

Yaqui

Molino de papalote
que estás trabaja y trabaja
¡qué estéril es tu fatiga!
Ya traerá la zanja el agua...
No pongas la cara al viento
que vaga por la sabana;
deja que llegue a las piedras
y que les pula la cara.

Camino desde Hermosillo
hasta la rada de Guaymas;
el monte es monte de veras
con tres mechones de vara,
un lívido palofierro
que es de la flora el monarca
y escoltándolo el huizache
y un nopal en la pelagra
precedidos del sahuaro
que intonso inicia la cauda.
Van hundidos en la arena
en macilenta comparsa
y el viento les saca filo
y al filo filo le sacan.

Símbolo de lo incoloro,
el cerro Tetas de Cabra

restaña en mar de cobalto
sus raspaduras de escarpa.
Los otros, muertos de envidia
por la caricia del agua,
se atropellan en el páramo
y en vano estiran sus faldas.
Quemándose los tobillos
en el ardor de la playa
se embisten unos a otros
con sus morriones de laja.
Los trepanan minas muertas
hacia su cumbre más alta:
ojos ciegos sin pupilas;
secas heridas de lanza;
cicatriz que gime al viento;
hondo orificio de bala;
túneles al propio infierno;
bocas mudas que gritaran;
ojivas de torres viejas;
campanarios sin campana...
¿Quién subiría para abrirlas
esa ladera endiablada?...

¡Qué muertos están los vivos
en su desolada entraña!
Yaquis de estoica dureza,
gesto rígido de máscara;
potencia muerta que vive
un sobrio dolor de paria;
tinieblas de mediodía;
sombras de luz en la nada...
Como el fantasma agobiado
de esa res de cara blanca
que enmarca su calavera
por entre el mar de barañas

y casi arrastra los belfos
buscando en vano las matas.

Quien de necio se aventura
por esa marisma ingrata,
seca de piel y de pelo,
seca de carne y de entraña,
no tiene perdón de Dios
ni lo merece su alma...
¡Bienhayan los cielos grises,
los lodos y las nevadas!

Romance de Mazatlán

Playa norte

Las olas bajan y suben
en vaivén de sube y baja.
Sacuden crestas de espuma
que lamen, tercas, la playa
y dejan sobre la arena
un cementerio de nácar.

La ansiedad hincha en sus lomos
un verde verde esmeralda
y acalla en mudos abismos
el chocar de espadas glaucas

A lo lejos, tres islotes;
quietas moles tajarreadas,
cruceros de roca viva
en formación de batalla,
tejen de espumas y arenas
su encajerío de ensenadas.

Más allá, cielos azules
de infinitas lontananzas
soportan, flotando ingrávidos,
copos de algodón en rama.

Altas emigran diez aves...
De libertad y nostalgia
dejan colgando en los cielos
una angustia desgarrada.

Triángulo de cruces grises
bordadas en filigrana.

El faro

Blanca atalaya remonta
cumbres de duro granito.

Formaciones de basalto
en gris escueto y bruñido,
feldespatos azulencos
o de un rubio ferrugíneo,
hematites amarillas
y arcillas rojo-plomizo
ruedan, cayendo en talud,
hacia el fondo del abismo.
En él los acoge el mar
sacudiendo níveos rizos.

Rumora un rumor lejano
con cante-jondo en su ritmo;
un cante-jondo muy hondo
que emerge del precipicio.

Desde el morrión de su cumbre,
que domina el caserío,
la ciudad es un juguete
que se hunde entre el lomerío.
Por las mañanas de bruma
la arropa un manto de armiño,
y ciñe un mar en quietud,
sin ondas, orlas ni rizos,
llorando casas y calles
un llanto de aires salinos.

Parpadea el ojo del cerro,
guiño procaz y noctívago.

Olas altas

Festín de colores gayos
con cambios de espectograma:
el verde se torna azul,
o gris acero de lámina,
o suavemente bermejo
o blanco tibio de plata.

Malecón a un mar de espumas;
es y no son olas altas.
El agua en el rompeolas
araña, araña que araña.

Peñascos que emergen calvos
mar adentro, en avanzada;
pedernal en espolones
que los siglos despuntaran,
son un par de perlas muertas
que tiempo y agua desgastan.

Centenario embalconado,
talud de sílice y margas.
El sol se quiebra en sus grietas
y el mar ruge en sus entrañas.

Languidez de tardes suaves
distiende sus sombras plácidas.
Pinta pintando en las nubes
del iris toda la gama,

se oculta, sangrando el mar,
un sol de rojo escarlata.
Los esteros
La quietud flota en las aguas
de los canales dormidos.
Salobres hálitos rompen
burbujas de amargo vino
y entibian lampos azules
entre los palmares cimbrios.
Islotes con cocoteros,
manglares, algas y limos.

Bogar de remos discretos,
pompas de velamen íngrimo,
estelas que agitan hélices
acallando a los suspiros;
han entrado estero adentro
las barcas de los idilios...
Volverán rasgando el agua
cuando se encuentren ahitos.

Esteros de Mazatlán,
cristalinos laberintos;
tardes de paz y de arrullo,
de caricias y amoríos;
lunas de luna y lunada
entre islotes escondidos.

Ardor del trópico en sombra
de sus palmares erguidos.

Noches de la ciudad

Por las calles pedregosas

rebota y trota una "araña".
"Kolstomero" de una feria
sin gente, ruido y guirnaldas,
va el caballejo mohino
jalando, jala que jala.
Sudan silencio las horas;
silencio de madrugada.

Bajo el manto que la luna
teje con hilos de plata,
bruñendo hierros de reja
y aleteando en las persianas,
desgrana notas de celo
la orquesta de la parranda.

Adentro tiembla de amor
núbil carne acanelada.

Sobre las torres del templo
el neón en cruces gayas
borda santelmos azules
con su esgrima ultramontana.

La diana que rompe el día
en los cuarteles estalla.

Mañanas en la ciudad

Crestas de sierras dentadas
que en bronce el alba ha fundido
y muerden trozos de cielo
con sus afilados filos.
Ellas nos traen del Oriente
la novedad de un día limpio.

Los cerros se están vistiendo
con luz de colores tibios.

Despiertan en la ciudad
rumores de olas y pitos,
pregones de vendedores,
susurros de los barridos
y un graznar de ánades locas
en las marismas del istmo.
Ladridos del arrabal
se asoman por los caminos.

Filtran la luz en las casas
los ciegos poros del vidrio.

Las azucenas se agostan;
sus pudores ofendidos
porque, gallo mañanero,
un sol truhán hace guiños
y persigue y besa en patios
a bugambilias y mirtos.

La ciudad se baña en luz;
luz que es calor y fastidio.

Tardes en la ciudad

Tardes de melancolía,
¡abran paso al carnaval!

Arriba el compadre Momo
y el malhumor ya se va.
Hoy resuenan "Los Papaquis"
con su antigua novedad

y bandas de blancos músicos,
"tamboras" del arrabal,
recorren tras los bac.
calles, plazoleta y ba.

Amantes y mascaritas,
el regocijo es fugaz...

No son todas esa tarde,
aquella tarde de allá,
en que el alma de mi alma
se saldría del seno al-mal...
¡Bebed mientras sea posible!
y mientras podáis, ¡gozad!

Viajero que buscas sombra,
allí ampara la amistad.

Es don de "gentes" muy "gentes",
gentiles "gentes" de allá,
con pechos limpios y abiertos
y brazos para abrazar...
Mas, hoy sólo goza penas
mi efímera libertad.
Pues esta tarde ya es otra;
no es mi tarde...¡Es tarde ya!

Yo debo pasar de largo
y aprisa por Mazatlán.

Trasunto

I

Están bramando mis toros
en las riberas del alba.

La tristeza se me asoma
y un cruel matarile canta,
con voz de campana rota
que las lágrimas estragan.

Todo el silencio está muerto,
de tan silente, en mi carpa.
Por grietas del desengaño
rezuma un agrio de miasmas.
Y en mi jungla la conquista
de malezas desalmadas
redobla a tambor batiente
quebrando tallos de palma.

Mi fuente llora sincrónica
sus duras briznas de lágrima;
lento arroyo de turquesas
que en el párpado se estanca.

Las simas claman su angustia
y la angustia ensima mi alma.

II

Va llegando el corumuel
con sus velas desplegadas.

Navega en las olas fébles
de azul, esmeralda y nácar;
albatros melancolía;
fina tijera emplumada.

Tajan los lampos de nube
sus cierzos de yeguas zarcas.
Trotando con crin de espuma
en cascos de córnea blanda,
exprime los caracoles
hundiendo en ellos las patas.
Y en cada vuelta el dolor
forja sinfonías lejanas.

Trasunto en corceles locos
de noches y penas calmas,
una sensación de aurora
me abriga en capa rosada.

En los escollos del ánimo
mi tajamar se desgaja.

III

El mar llora en mis arenas
con una risa apagada.

Trajín de vaivén playero
en ritmo de ola y resaca;

de un asalto y un derrumbe
a una retracción del agua.

Me venció la cuesta arriba.
Mas, el regazo del ánima
me ha de acunar con sus sueños
para que insista en la hazaña.
Mis caudas aventureras,
derivando en la ensenada,
invaden marismas íntimas
con la pleamar de las landas.

En la margen de esas rías
nueva ilusión me reclama.
Al pairo va la aventura
de un albo aleteo de garzas.

Trasunto de mis tristezas,
la euforia viste sus galas.

Romance del buen indio Juan Domingo

Preguntas a Juan Domingo
por qué se calla sus penas;
si es que en su lecho de rosas
la cruel espina no cuenta
y él te dirá, si lo escuchas,
que el dolor que se reserva
no lo redime el plañir
ni el canto de los poetas.

Juan Domingo es como el roble
que baten vientos de sierra;
más mudo cuanto más triste,
rojos follaje y corteza,
por falto de clorofila
exhausto de ramas tiernas.
Chaparro como esas rocas
que lo escoltan y lo cercan
y tan duro en cuerpo y alma
como pueden serlo ellas,
lleva una savia de siglos
fundida en ruda madera
y un caudal de pena sobria
congestionado en las venas.
Rencores de humillaciones
le dan temple a su entereza.
Cicatrices del tormento

que sufriera en las haciendas
y agrores del desengaño
con sus modernos profetas.
Mas él conserva impoluta,
envuelta en prosopopeyas,
esa dignidad del prócer
que no abaten las tormentas.

Juan Domingo es Juan Domingo;
no es un Camborio cualquiera.

Él sabe que no se muere
si no se muere de pena.
Y la pena en el ridículo
del que clama su flaqueza
es en el latir de su ánimo
una pena espúrea y necia.

El buen indio Juan Domingo
no es rama de vil higuera;
es como el palomaría
que se dobla y no se quiebra.
Donde el furor del torrente
socava ancones y grietas
él queda siempre de pie,
con una extraña insolencia.
Y sólo puede inclinarle
cortés, por buenas maneras
el afán de ser atento
que es norma en su gentileza.
Aun siendo pobre, él es fino,
pues nada cuesta en moneda,
y porque tales finuras
las trae latiendo en su esencia.

Juan Domingo es Juan Domingo;
no un Cantaliso cualquiera.

Matarán a Juan Domingo
con torturas satanescas;
le arrastrarán por los suelos
peñascosos de su tierra;
arrancaránle los ojos
con ascuas o con tijeras;
marcarán con fierro ardiente
su frente humillada y yerta;
sufrirán hambre de siglos
sus entrañas siempre hambrientas;
y un regocijo de espadas,
relucientes lanzaderas,
le tejerán con las fibras
de su carne ambiguas grecas.
Pero Juan Domingo es indio
y ahí encuentra su entereza.
Va a seguir creyendo a Cristo
un mártir de más polendas,
y no ha de exhalar ni un grito
porque es innoble la queja
y propia de hombres cabales
y prudentes, la paciencia.

Juan Domingo es Juan Domingo;
¡no un Juan Domingo cualquiera!

Norte

Sobre el tueste gris del páramo,
cocido de aires y soles,
abre la noche un paraguas
de sombras y ojuelos torpes.
Las varillas le revientan,
tensas de intonsos resortes,
y lloran lágrimas secas
cuando presagian albores

En el canal de la acequia,
cuya sed bebió el azogue,
no hay espejo que refleje
la aridez, que sobrecoge.

Al fondo el desierto es piedra,
áspera piedra del Norte,
que en cerros alucinados
florece bajo la noche.
Su blanca maculatura,
que es guano de zopilote,
fulge en destellos argenteos
clamando un mudo reproche.

Ni un jaral crece en la roca,
ni late aullando un coyote...

La mano de Dios fue dura
con estos campos del Norte.

El yermo y el ideal

Nació con los tatuajes en la frente
del amor, el ensueño y la quimera.

Juventud solo hay una —le dijeron—;
y allí está esperando a que envejezca.
Creada para llama en las llanuras
cintila incandescente en una grieta;
está como penando una esperanza
con su cauda de caudales plena;
piafando cual pegaso encadenado
en el inicial frenesí de su carrera,
con la cálida espuma de sus flancos
hirviendo en alborotos de melena.

Atada de los pies y de las manos
se agita en ansiedad su alma intrépida;
quiere huir del estigma de lo cursi
y se hunde en el cieno y en la tierra.
¿De qué le sirve en esos tiernos años
su indómita tensión de yeguas trémulas
si crujen en su torno y se desgajan
el llano en flor y hasta las piedras?...
¿Si hierve en el fogón de cada pecho
un volcán de pasiones insinceras
y en la pesadilla del *napalm* y del átomo
el hombre en piltrafas se incinera?...

Beatniks, Beatles, hippies, mariguanos
en macabra cabalgata sicódelica
danzan mórbidas danzas africanas,
en contorsión de cinturas y caderas,
tremolando pelucas ortofónicas
en ritmo que trastocan en cadencia.
Los cosmonautas persiguen el vacío.
Es una oscura prosa la cibernética.
Llevan al fondo del mar los batiscafos
un hombre-molusco en valvas férreas...
¿Qué papel juega en ello el ala ingrávida
de su alma de ilusa quinceañera?...
Ha muerto al nacer, pues no es su tiempo
este tiempo sin sueños ni quimeras,
estos años de máquinas andantes
sin corazón, que pasan en caterva
entre flores marchitas y apagadas
por un otoño injerto en primavera.

Ha llegado antes o después, ¿quién lo sabría?
del cenit esplendente de su época.
Yerra al errar en busca de algo;
y más yerra consciente estando quieta.
La brida dolorosa del vacío
sofrena el brío indomable de sus yeguas.
Escucha redoblar campanas mudas
que repican a muerto por su pena.
Los yermos van plegándose a su grito
y envuelven en silencio su tristeza.

Un alarido en el vano del vacío
tremola sin volar sus alas yertas.

Fábulas

Fábula de la begonia silvestre

La lividez de una pequeña begonia boliviana apenas surgida del tubérculo comenzaba a asumir sus galanos matices áureos cuando fue descubierta y colectada por el genetista que recorría la selva.

Éste seccionó hábilmente, con un afilado bisturí asesino, el trozo de raíz bulbosa de donde brotara y se la llevó con amoroso cuidado a su laboratorio, congestionado de otras muchas flores de distintas especies y familias.

El pedazo de bulbo mutilado fue delicadamente inmerso en una vasija con agua fertilizada que detuvo su agonía y atenuó sus sufrimientos, y que al cabo lo haría proclive a la sutura y a la cicatrización, preservando la lozanía de la florecilla brotada de él, no más grande que una moneda de peso reciente.

Quizás el oro de sus cuatro pétalos lobulados y asimétricos no llegó a ser igual de rutilante y bruñido que lo que hubiera resultado de permanecer indemne en su medio natural; pero se mantuvo viva. Y sus órganos fundamentales continuaron transpirando con un vigor apuntalado por la solución de la va-

sija y por el ambiente artificial, húmedo y caluroso, que prevalecía en el invernadero.

Pese a su apariencia de flor, la pequeña begonia carecía de corola, de estambres y de pistilos, pues era sólo el germen híbrido de una planta nueva, sin funciones reproductivas inmediatas. Se trataba de un simple brote o hijo aflorante en el tubérculo enterrado... Y en medio de su espanto por sentirse objeto de aquellas manipulaciones, creyó tener la certidumbre de que el hombre de ciencia la estaba confundiendo con una flor auténtica al sentir en su perianto, en forma de clámide invertida, un roce de pinzas y de plumas que, en lo que parecía un intento de fecundación artificial, hurgaban los ovarios depositando partículas de polen de una vigorosa flor macho de detonante color escarlata, la cual abría su espléndida corola en un recipiente vecino.

Esos granos de polen se aferraban a sus órganos rudimentarios en frenética pugna por violar su irredenta virginidad de begonia estéril. Y hubiera querido gritarle al genetista que estaba perdiendo el tiempo, y que desistiera de estarla inquietando, supuesto que sus ovarios eran definitivamente infértiles y no obtendría con esas prácticas de fecundación resultado alguno. Y deploró su mudez incapacitante.

Pero algo extraño y poderoso había en el agua que irrigaba el bulbo madre; pues, a medida que el hombre continuaba con sus manipulaciones, la begonia iba sintiendo subir por sus canales de savia un fuego grato y desco-

nocido, y experimentaba la sensación de que en su rudimentario e infecundo ovario, saturado del polen de flores extrañas, se producía un enervante cosquilleo que iba estremeciendo toda su naturaleza.

¿Era acaso ello la palpitación de un absurdo proceso germinativo?

Tal se diría; pues con el transcurso de las horas advirtió que su estructura y sus matices se modificaban, como si aquellas adherencias de polen ajeno succionaran de la solución de la vasija, insuflando su frágil tallo, exacerbado vigor vital que promovía en ella un inexplicable pero violento desarrollo. A cuya merced empezaron, poco a poco, a surgir de la corola abigarradas afloraciones de nuevos y complicados pétalos que llenaban y expandían el caliz y cuyos cromosomas en plena actividad infundían en las delicadas epidermis opalinas del perianto un caudal de reflejos rosáceos, lilas y anaranjados y se condensaban en los flecos ondulantes de sus bordes trazando un ribete carmesí de tonos sanguinolentos.

Paso a paso, toda aquella afloración de absurdos pétalos acabó viéndose enlucida por una diversidad cromática tan lujuriante como un ocaso tropical entre plumbeo nuberío. Y la humilde begonia silvestre se notó transfigurada bajo el ornamento de esos artificiosos esplendores.

Estaba consciente de haber ganado en belleza. Pero se sentía temerosa de la incertidumbre de un destino que no acertaba a precisar, y melancólica añorando su sencillez vir-

ginal, que por lo menos la hacía menos vulnerable al acoso de sus enemigos.

El científico la mimaba con reverente devoción y exquisitos cuidados. Aplacaba su sed depositando cada mañana con una pipeta una gota de vivificador rocío sobre su caliz trémulo; se preocupaba por mantener estable la solución fertilizante en el líquido que transpiraban las porosidades del bulbo materno; desprendía, sin herirla, sus pétalos caducos; soplaba delicadamente sobre la epidermis nívea del perianto para liberarla de las partículas de polvo que irritaban sus células y volvían difícil la transpiración; regulaba la humedad y el calor ambiente para que se mantuvieran en una graduación ideal a su lozanía; y se abismaba largas horas conmovido y absorto en la contemplación de su esplendoroso colorido y de la singular conformación que corrugaba graciosamente sus pétalos... La mimaba, en fin, como un padre orgulloso y complacido mima a la más consentida de sus hijas. Y ella empezaba a sentirse dichosa con esa solicitud reverencial y en un creciente envanecimiento por las galas de una favorable transformación que la ayudaba a olvidar sus ingénitos anhelos salvajes.

Pero un día, el genetista llegó a su laboratorio acompañado por otras personas, algunas de ellas mujeres. Y con la ilusión del artista que ha culminado la más sublime de sus creaciones, mostró a sus acompañantes la maravillosa flor híbrida.

Todos halagaron su ufanía contemplándola asombrados y extremando su admiración

hasta en el cuidado de evitar hacerle una caricia que pudiera afectar o destruir su delicada hermosura. Entre brindis entusiastas la bautizaron "Puesta de sol". Y no logró distraerlos de su expectación ni siquiera lo exultante de una opulenta rosa de tonos encendidos que parecía estallar de envidia exhibiendo su lozanía desde uno de los recipientes inmediatos.

Cuando aquellos intrusos se saciaron de admirarla, el maduro genetista, que debía amar a la más bella y joven de las mujeres, resolvió, no sin perceptible dolor, rendirle a ésta el homenaje de desprender de su raíz bulbosa a la esplendente begonia y ofrecérsela para que le hiciera un nido entre las tentadoras prominencias níveas de su busto.

La flor comprendió la trascendencia del gesto, y quiso corresponder a los desvelos de su Pigmalión soportando resignada el dolor de aquel cruel desprendimiento y esforzándose por mantener incólume su gallardía.

Y en la tibieza del ebúrneo escote creyó encontrar un nicho digno de sus esplendores, que la ayudaría a sobrellevar el suplicio de su mutilación y a hacer más lento y reposado el agostamiento que la conducía finalmente a la muerte. Vióse allí, entre la suave epidermis en fina comba de la iniciación del seno, como joyante excrecencia de su rosada tersura; y sintió que, todavía, era más fuerte en ella el orgullo de su efímera belleza que la conciencia de la defunción inminente a que, al ser separada del bulbo materno, la condenaba el destino.

Pero una vez los visitantes estuvieron en la calle, la exquisita mano de la doncella, tan delicada acaso como los mismos pétalos de la begonia, desprendió con despreocupación a ésta del tibio nido de su pecho para ofrendársela en prenda y tributo de su correspondencia sentimental a un mozo que la acompañaba y la venía asediando; el cual crucificó la flor descuidadamente sobre la solapa de su flamante *tuxedo*.

Juguete de aquella infidelidad desaprensiva, la begonia se sintió herida también en su mimada vanidad. Lo áspero del paño donde había sido clavada laceraba su frágil delicadeza, en tanto que la falta de consideración en su manejo, causaba dolor y decepción en su rabiosa petulancia. Y atento con todos sus sentidos en la contemplación de la mujer amada, éste su nuevo dueño no se acordaba de admirarla. Ni siquiera le dolió el engaño al Pigmalión que la había mimado tanto. Era su vanidad la más dolida.

Recobró la adormecida noción del ominoso drama de un porvenir que se iba hundiendo en la muerte, y se vio invadida por la tristeza y la desesperación.

La rabia acabó estallando en ella con un impulso suicida. Renunciando a su ya inútil ornamento y en el afán de recobrar para sobrevivir aquella personalidad auténtica que le fuera arrebatada, procedió a rechazar y desprender los artificiosos pétalos ajenos a su original y verdadera condición de broto. Y quedó desnuda y desafiante en su primigenia sencillez de begonia ficticia, brava y selvática.

Cuando la muchacha volvió su mirada a las solapas del galán, pudo descubrir, descorazonada, que ya no quedaba en ella, de lo que fuera la opulenta flor híbrida, más que el humilde perianto original, con sus cuatro lívidos pétalos, reducidos y asimétricos. Y lanzó una exclamación que expresaba su desencanto:

—¡Se ha marchitado! — dijo.

La pequeña begonia la escuchó envenenada de rencor, puesto que aun se conservaba íntegro lo auténtico en su naturaleza.

Pero la joven, juzgando que se trataba sólo de un despojo magro de la agostada y deshecha "Puesta de sol", la arrancó con un brusco tirón del ojal de la solapa y la estrujó entre sus afilados dedos antes de arrojarla, con su cultivada vanidad, a las miserias del polvoriento suelo.

Fábula del palomo blanco

La colegiala y su maestra llegaron al palomar y se detuvieron a contemplar la inquieta colectividad alada que ronroneaba en él. La elección no resultó difícil. Brotó muy pronto por boca de ambas, que no tuvieron ni la menor vacilación al preferir para el menester que se proponían llevar a cabo, aquel airoso palomo blanco que, posado sobre la percha, se alisaba fanfarrón el delicado plumaje del buche.

—Es hermoso — dijo la profesora—, y no podría haberlo mejor para que luzca apropiadamente en el festival.

Cuando se vio en el espacioso salón donde se hacían los preparativos para la gran convención de pacifistas, los ojos del ave, inyectados de sangre por el furor de verse manoseada y cautiva, hacían juego con el rojo encendido de sus patas.

Le ataron al cuello un listón de seda azul, formando con él una lazadita esmerada y graciosa, y trataron de colocarle en el pico una ramita de laurel que él se obstinaba en sacudirse. Cuando comprendieron que no iba a ser posible hacer que la retuviera allí du-

rante todo el espectáculo, optaron por la precaria solución de pegársela al pico con una liga de rápido fraguado que no le permitiese deshacerse de ella.

Adornado de esa manera, el palomo blanco fue introducido en una jaula dorada que colgarían, para que más luciese, en la mitad del foro, sobre las cabezas de los profesores y funcionarios que iban a presidir la reunión, como símbolo viviente del cometido de la misma.

Allí debía permanecer hasta la culminación del acto, en la que sería liberado para que llevase en la ramita de laurel, el mensaje de paz que se tenía el próposito de difundir entre los hombres de buena voluntad.

Indudablemente, al palomo le molestaba aquello que le habían adherido a su pico. Pues no bien quedó suelto dentro de la jaula, cuando empezó a querérselo desprender frotando el pico contra la percha y sacudiéndoselo una y otra vez con sus patitas encarnadas. Mas, sin duda el adherente era muy eficaz, ya que no lo conseguía.

Desistió, desengañado de esa posibilidad, y se puso a buscar en el enrejado de su prisión un espacio por donde escapar de ella, recitando las intemperancias de su malhumor en un gorgoreo rabioso.

Se mantuvo en ese empeño hasta que el fracaso y el cansancio lo vencieron y aquietaron. Y sólo entonces pudo sentirse la maestra verdaderamente satisfecha de la propiedad con que lucía en su jaula de oro ese gallardo símbolo de la paz.

Un tiempo después el salón se llenó de gente. Y desde la larga mesa del presidium, cubierta con un paño de terciopelo azul celeste, dieron comienzo los largos y engolados discursos.

Todos ellos giraban en torno al mismo tema, aunque fuera diferente la exaltación emotiva de cada tribuno. Hablaban de la necesidad de que reinase la paz entre los hombres; de que los individuos belicosos que provocan las guerras entrasen en razón y, haciendo examen de conciencia, huyeran del pecado de la ira desechando el odio protervo en que continuamente vivían e hiciesen méritos ante Dios imitando a esa otra criatura suya, el sereno y contemplativo palomo de la jaula. Invocaban la palabra del Salvador, que trajese el mensaje de que viviéramos como hermanos, amándonos, ayudándonos y respetándonos los unos a los otros por encima de rivalidades y codicias... Los aplausos coreaban cada frase elocuente y un grito unánime de "¡paz!... ¡paz!... ¡paz!" retumbaba en el salón.

La sesión duró dos horas. Al concluir el último discurso el más elocuente, pues salió de boca del decano del plantel que tenía una larga experiencia en esos trances, se oró por la paz y se soltaron globitos multicolores de hule inflados con gas que, aunque trataron de elevarse a las alturas con ese noble mensaje, no pudieron pasar del techo contra el cual quedaron flotando. Luego la maestra desprendió la jaula dorada del garfio de donde colgaba y abrió su puerta para darle libertad

al palomo-símbolo, y que también él difundiera en apacible vuelo por todos los rumbos del planeta aquellos buenos deseos de vivir pacífica y armoniosamente.

Una vez que se vio libre, el ave se detuvo sobre la jaula. Y despues de un último intento por sacudirse con una pata el ramito de laurel, tendió el vuelo buscando salida por los tragaluces de lo alto de la pared, mientras una expectación bobalicona contemplaba conmovida su gallarda estampa, adornada con el lacito azul y la ramita verde en el pico. Y les resultó tan candorosa y sublime que, mientras uno evocaba a la que liberó Noé para que fuera a investigar si había una tierra a donde dirigir el arca, otros murmuraban que parecía la propia paloma del Espíritu Santo.

Una vez en los espacios abiertos, el alado se remontó para orientarse y escoger un derrotero. Y cuando al cabo encontró el rumbo de su palomar, lo tomó resueltamente, llegando a él en sólo unos minutos.

El mozo que cuidaba de la alimentación de la parvada lo descubrió rato más tarde, obstinado en la brega por encontrar en la tela de alambre un resquicio por donde penetrar y restituirse a los suyos.

Ya el lacito azul de su cuello estaba algo maltrecho y la ramita de laurel se había quebrado, quedándole sólo un fragmento del pequeño tallo adherido al pico. Pero aun ello parecía todavía molestarle y ponerlo malhumorado.

El hombre le abrió la puerta del palomar y el palomo de la paz entró por ella sin un ti-

tubeo, a compartir con sus congéneres el cautiverio.

Mas, llegaba furioso por la obstrucción que para el vuelo representaba aquel listón en su cuello, por la molestia que le infería el trocito de tallo pegado al pico y por los azares corridos en ese extraño día en que más de una vez temió que lo fueran a cocinar. Exaltaba además su coraje el hecho de que le hubieran obligado a descuidar el nido y el celo de dejar sola a la hembra, que otros cobardes machos le disputaban.

De modo que apenas se sintió de nuevo en su ambiente, cuando la emprendió a picotazos y a aletazos con todos sus congéneres, tronando con un "currucutucú" indignado, persiguiéndolos con encono y odio asesino y expulsándolos de las perchas y los nidos para reafirmar su prestigio de valiente y de mejor armado que lo tuvo antes convertido en monarca y verdugo de la comunidad, jerarquías que nadie debía olvidar en ella.

Sólo cuando todos reconocieron y se humillaron a los derechos de su fuerza y su agresividad, arrinconándose maltrechos luego de haber perdido algunas plumas y sufrido una que otra crismadura, el palomo blanco de la paz les concedió algunos momentos de respiro. Pero decidió aprovecharlos para acercarse al cajón donde su pareja incubaba los huevecillos, y, colérico todavía por las contrariedades de la jornada, empujó a ésta hacia afuera con unos cuantos aletazos y le arrebató su responsabilidad, echándose en el nido.

Allí se mantuvo jaloneando desapacible el estorboso listón azul hasta desprenderselo, con la mirada alerta a que ningún otro palomo invadiera lo que consideraba su espacio vital en torno a ese cajón y haciendo algunas salidas iracundas y esporádicas para agredir y ahuyentar al que por audacia o descuido osaba violar ese territorio.

Sólo la noche lo puso transitoriamente en paz. Y pudo dormir sosegado y satisfecho, sin importunar a la parvada, mientras tornaba a amanecer el día, y retoñaban en el palomar el celo de la territorialidad, los odios, las rivalidades y las pendencias, que parecían ser el incentivo cardinal en la vida de este gladiador intemperante, casi humano.

Fábula de las hormiguitas

Dentro de la oscura y casi invisible ranurita abierta en la parte baja exterior de un rascacielos de la Quinta Avenida, vivía en la ciudad de Nueva York una colonia populosa de minúsculas hormigas.

Estos animalitos se hacían notorios por dos características muy desarrolladas: una actividad infatigable y fecunda y cierta capacidad, adquirida por la necesidad y el uso, para coordinar las impresiones de sus sentidos.

Ninguna de ellas podría explicar cómo llegó allí el primero de sus antepasados ni cuándo. La prehistoria de la colonia se perdía en la noche tenebrosa de los años, que para las hormigas representan lo que los siglos o los milenios para el hombre, supuesto que la duración de sus individuos es mucho más corta. Generaciones y más generaciones se habían sucedido y desaparecido sin dejar noción de su origen y sólo signos casuales muy confusos parecían dar fe de que quizás la colonia tuviese ya más de una centuria habitando aquella grieta.

La actividad incansable y la necesidad de ayudarse unas a otras que la debilidad física

de su especie les impuso para sobrevivir, creó en ellas la impresión de haber triunfado en la existencia. Y el dominio que en su pequeñez lograron sobre los abejorros, gusanos y otros seres de mayor tamaño, despertó una soberbia que con el tiempo daría origen a la ridícula pretensión de que podían suponerse pertenecientes a una casta superior privilegiada, para uso y solaz de la cual habían sido creadas todas las demás especies de la fauna y de la flora, y aún todo el mundo material que las rodeaba.

Semejante idea inflamó su vanidad. Y acabaron creyendo también que su especie había tenido un origen previsto y que, naturalmente, tenían previsto también un especial destino.

De esas vanaglorias surgió el primer hormigón-profeta asegurando que un creador todopoderoso había originado a los primeros ejemplares de su raza dotados ya de las capacidades físicas y mentales que ahora poseían sus descendientes, y con unas normas de responsabilidad moral y ética que él había sido designado por el hacedor para señalarles.

La vanidad acogió fácilmente y con entusiasmo esta teoría. Y el ejemplo del enorme poder que con ello adquirió ese "elegido" sobre los demás, despertó la ambición de otros y puso de moda a los profetas, cuyas doctrinas sólo disentían en pormenores, pero acabaron por entrar en conflictos y escindir a la colonia, cada vez más numerosa, en agrupaciones rivales.

Los pleitos obligaron a constituir orga-

nismos colectivos a modo de estados, donde se fundían los valores y fuerzas de cada grupo para mejor defender sus intereses de facción cuando las disputas degeneraban en guerras. Y ello creó una casta de ávidos de riquezas que lucraba con esos conflictos y se escudaba para seguir haciéndolo tras el clamor de los profetas.

La autoridad de éstos creció. Y sus doctrinas se hicieron más intransigentes para ejercer un mayor control sobre los respectivos grupos, reglamentando más estrictamente la conducta de cada feligresía con el fin de fortalecer su dominio y extenderlo derrotando y sometiendo a otras facciones. Lo cual dio entrada al dogma y a una moral estrecha que a veces pugnaba contra los impulsos naturales de los individuos, pero que los hormigones profetas justificaban en la devoción al ignoto creador de la colonia, del que la felicidad de sus miembros dependía, y al que era preciso retribuir.

No puede decirGse que ello trajo el bienestar a la colectividad. Muy lejos de eso, semejante fatuidad irritó las rivalidades entre los distintos grupos y multiplicó e hizo más crueles las guerras. Las matanzas alcanzaron proporciones insólitas, y dieron pretexto en cada facción al nacimiento de grupos que se autoerigieron en defensores profesionales de la suya, abandonando el trabajo constructivo para dedicarse únicamente a guerrear, y de entidades manejadas por ambiciosos que trastocaron en gran parte el esfuerzo creador, en trabajo de apoyo al afán destructivo

de esos guerreros, logrando desde tan cómoda posición ensanchar su prosperidad personal.

Y la colonia se emprobeció, víctima de calamidades sin cuento.

Pese a toda esa serie de fracasos, aún siguieron las hormiguitas de la colonia creyéndose las consentidas de su dios y muy superiores a los otros seres que las rodeaban. Y era de ver cómo el jefe espiritual y material de cada grupo se asomaba al resquicio de la pared donde vivían, para explicarles, señalando lo ajeno que por la calle discurría, de qué manera el supremo ser al que le debían su origen lo había dispuesto todo tan bondadosamente favorable al bienestar de las hormigas. Claro que no comprendían ni podían explicar más de lo que tenían a unos cuantos pasos de sus antenas. Pero daban por supuesto que la creación terminaba hasta donde alcanzaban a percibir sus precarios sentidos. Y sacaban por consecuencia que entre ello y lo que pudiera moverse más allá existía una correspondencia y orden obedientes a la misma sabia y generosa previsión divina.

Y ¿cómo no admirar y rendir pleitesía a esa providencia creadora que colocó en lo alto y sobre la mitad de la calle aquel foco eléctrico de doscientas bujías que en la oscuridad de la noche iluminaba los accesos a su agujerito permitiéndoles a las hormiguitas rezagadas o perdidas orientarse?... ¿Cómo no sobrecogerse de agradecimiento al ser sapientísimo y previsor que para protegerlas de la lluvia construyó una ceja o cornisa en la

pared un metro más arriba de la fisura?... Y ¿cómo no retribuirle con veneración y reverencia por aquel desvelo en favorecerlas que le movió a disponer la calefacción interna del edificio de modo que pasase lo exactamente cercana de su grieta para evitar que durante los inviernos se congelasen de frío y lo necesariamente lejos para no abrasarlas de calor en los veranos?... Todo cuanto rodeaba a las hormiguitas había sido dispuesto por la bondad de un creador obediente a protegerlas... Ese mismo frutero que tres puertas más allá abrió su establecimiento y de cuya mercancía acarreaban ellas tan magnífica provisión a sus despensas; el tambo de la basura inserto en un poste al otro lado de la banqueta, cuyos despojos se renovaban todos los días siendo una fuente de sustento inagotable para la comunidad hormigueril; la sucesión de las noches a los días como ayuda en el secreto que debía rodear su actividad; y hasta el mismo rascacielos y la ciudad entera, donde podían vivir seguras, inadvertidas y tranquilas, ¿no parecía todo haber sido maravillosamente acondicionado y previsto para hacerles a ellas fácil y dichosa la existencia?.

No faltaron, ciertamente, en la comunidad, algunos científicos estultos y disidentes que se permitieron opinar que no era el medio el acoplado a las necesidades de la colonia, sino ésta la que hubo de buscar y adaptarse a un medio que le permitiera subsistir, pues de otro modo hubiese emigrado o desaparecido como les pasó a tantas colonias de hormigas que existieron y ya no existían. Pe-

ro estos fueron descalificados por los profetas y perseguidos por quienes medraban a la sombra de sus doctrinas, los cuales hicieron notar como prueba de que todo obedecía a una inteligencia superior, la inmutabilidad de las leyes físicas que gobernaban la creación.

Allí estaban, como constancia de ello, esas muchedumbres humanas que todos los días desfilaban atropellándose por la acera contigua y que, en lugar de pisar en el doblez de la pared donde estaba y hubieran derrumbado el orificio, pisaban siempre en lo plano de la banqueta; y los raudos vehículos utilizados por esos mismos seres, que circulaban por el arroyo de la calle, cuando con sólo desviarse unos dos metros hubieran aplastado a toda la comunidad bajo sus ruedas... ¿No se advertía bien claro en ello la mano de una poderosa voluntad protectora?

Por si fuera poco, las observaciones de unos hormigones astrónomos que escalaban la azotea del rascacielos para contemplar todo lo que lejos de allí acontecía, confirmaban ese orden previsor que todo lo gobernaba al afirmar que, aun cuando las dimensiones de la gran ciudad excedían lo que pudiera imaginar el intelecto de las hormigas, limitado por la minúscula capacidad de sus sentidos, todo en ella parecía estar también dispuesto por una potestad superior en forma tal, que el mar no se saliese de la bahía e inundara el agujero y el humo asfixiante de las numerosas fábricas fluyese hacia el cielo por unos tubos llamados chimeneas que ella misma había ideado para proteger a las hormigas.

En tanto que otros, que se hacían llamar filósofos, preguntaban enfáticamente quién sino un creador extraordinariamente lúcido y generoso podía haberles dado a las hormigas esa capacidad de conjugar la percepción de sus sentidos para conformar su inteligencia... Y cuando alguien se atrevía a pretender que sólo la adquisición casual de esa facultad coordinadora pudo ayudarlos, siendo físicamente tan débiles, a lograr, entre millares de especies desaparecidas, la supervivencia de la suya, lo juzgaban loco o era quemado por hereje.

Este engreimiento con su supuesta importancia se mantuvo entre las hormiguitas hasta que, un aciago día, parece que estalló un incendio accidental en el rascacielos, y el resquicio donde estaba la colonia se recalentó sobremanera, mientras que la calle frente a él se llenaba de monstruos humanos que impedían huir a los animalitos sin riesgo de morir apachurrados bajo sus pies.

Entonces, las providencias de la divinidad protectora y todas sus inmutables leyes fallaron de súbito y atropelladamente. Los hombres se aglomeraban, pisoteando el orificio y obstruyéndolo; los tubos de la calefacción se recalentaron tanto que en las paredes del hormiguero había una temperatura de parrilla; el foco de la media calle se apagó; las grietas que el calor formaba en la pared desmoronaron la fisura; el humo invadió ésta volviendo la atmósfera irrespirable; y unos carros enormes llegaron aullando de un modo ensordecedor y, deteniéndose hechos

montón sobre la acera, desenrollaron unas mangueras fantásticas, las conectaron y abrieron los grifos que las alimentaban y empezaron a derramar torrentes de agua sobre todo el edificio.

Los profetas proclamaron que la divinidad protectora estaba ofendida e iracunda por los pecados y las herejías de los enemigos de sus sectas... Pero el chorro de una de las mangueras cayó directamente sobre la ranura, inundándola y comprimiendo a la colonia con presión tan gigantesca, que las hormiguitas que no murieron al impacto, perecieron sofocadas o ahogadas, sin que la fatalidad discriminara entre las justas y las pecadoras, las atinadas o las que vivían en el error.

Si, por azar, alguno de aquellos pequeños seres sobrevivió, quizás siga pensando con sus profetas que fue la ira del creador la que, exaltada por los pecados de todos y cada uno de los miembros de la colonia, dispuso su fin de esa catastrófica manera...

Pero el caso es que el edificio continúa en pie, ya reparado; la frutería de la calle sigue expendiendo sus mercancías; el tambo renueva todavía diariamente su basura; la calefacción ha vuelto a funcionar sin altibajos anormales; el foco de doscientas bujías alumbra de nuevo; y la urbe se mantiene cada vez más grande, más sólida y más protegida del mar de su bahía y del humo de sus chimeneas, no obstante que ya no existe el ensoberbecido clan de las hormigas.

Fábula de la chuparrosa

Apoyada en una cerca, de una semilla errante que debieron traer los vientos, ha nacido en la huerta que tengo a espaldas de mi casa una opulenta mata de rosa-panal, que en el otoño florece pródigamente y cuya menuda flor blanca perfuma de penetrante olor a miel de colmena los dos mil metros cuadrados de su extensión cada vez que el céfiro de las tardes desparrama por entre el arbolado los efluvios de su dulzón aroma.

Es el encanto de todo género de abejas, abejorros, avispas, avispillas y avispones, que acuden desde no sé donde a libar con deleite el precioso néctar en sus mínimas pero numerosas corolas.

Atraído por esa misma tentación llegó el año pasado un diminuto picaflor o chuparrosa, el cual parecía una gema con su plumaje matizado de colores que evocaban todas las tonalidades del iris y cuyos fulgores metálicos competían y les sacaban ventaja a los bruñidos reflejos en los élitros de algunos de los insectos.

No estoy seguro de si se trataba de un ejemplar de la especie *gorgirrubi* o de un mi-

núsculo sunsún cubano; pero era tan pequeñito como un moscardón común y, aunque tenía agudo el pico, este no lucía proporcionalmente tan largo o curvo como llega a verse en otras especies mayores de esa familia.

La primera vez que lo divisé le disputaba un ramillete de flor a un abejorro negro, de estructura escurrridiza y frágil, el cual parecía desafiarle despidiendo chispas iridiscentes al frotar sus pavonadas alas, así como con el movimiento amenazador de unas antenas lobuladas que agitaba con expresión colérica.

Si el colibrí era insectívoro, aquella no pareció presa muy de su agrado. Pero tampoco le amedrentó su fanfarrona ferocidad. Y continuaba introduciendo absorto el diminuto punzón de su pico en el cáliz de las flores, mientras se mantenía estático en el aire, zumbando con rapidísimo aleteo que originaba un rumor lejano y monótono, difícil de confundir con trino o con silbido.

Al pie de esa frondosa mata de rosa-panal solía sestear un gato de pelaje amarillento que llegaba de la vecindad, y al cual parecían despertarle mayor interés los pájaros que los ratones.

Él debió albergar dudas sobre la exacta naturaleza de aquel ave tan pequeña, o se hizo la reflexión de que un bocado así de mezquino no justificaba el esfuerzo de obstinarse en capturarla; pero la seguía con la mirada en sus evoluciones con una tensa y fulgurante atención que parecía ensayar el hipnotismo. El sunsún no demostraba haberse dado cuenta de su peligrosa cercanía o desdeñaba el

riesgo que ella le pudiese representar. Hasta que cierta mañana en que los observaba, lo advertí engolfado en la succión del néctar de las flores más cercanas al suelo y peligrosamente al alcance del indolente gato. Este, convencido de que ello simplificaba mucho la labor de su captura, decidió no dejar ir la oportunidad. Abandonó su pereza e, incorporándose para estirarse falsamente distraído, cuando consideró al pajarillo confiado por aquel engaño, dio de súbito un salto hacia él, describiendo con sus zarpas al hacerlo una ágil parábola asesina.

Pero el picaflor reaccionó muy rápido eludiendo la agresión a tiempo y trasladándose con su vuelo vibrador a alturas menos expuestas.

Una tarde de días después pasaba junto a la mata cuando advertí al colibrí volando en torno a ella, muy próximo al suelo y, aparentemente, sin la intención habitual de hurtarles la miel a sus flores. Se le veía en un estado de agitación que rayaba en el desatino, en tanto que el artero gato, defraudado por sus fracasados intentos anteriores, se mostraba muy poco interesado, revolcándose y estirándose con laxitud sobre un pradito cercano.

Mi presencia incitó al felino a seguirme. Y, maullando remolón, se incorporó para emprender conmigo el camino al arbusto.

Pero no bien lo advirtió la excitada chuparrosa, cuando pareció centuplicarse su desasosiego. Y se lanzó sin pensarlo a su encuentro, provocándole tal como si quisiera llamar su atención y atraerle a la pendencia,

al pasarle una y otra vez zumbante a la altura de sus orejas.

Ante actitud tan temeraría el felino pareció igual de desconcertado que lo estaba yo. Y así que la insistencia en las provocaciones empezó a hacer que se sintiera molesto, le lanzó al pajarillo un zarpazo que hizo salir desprendida una de sus hermosas plumitas tornasoladas.

Ello no consiguió escarmentar al colibrí, que continuó su peligroso juego con una serie de desatinadas maniobras, las cuales parecían sugerir que, o bien estaba furioso contra el gato o había decidido mantener a ese enemigo alejado de la mata aunque expusiera su vida en el empeño.

¿Qué podía suceder?... No tardó en darme la respuesta la percepción de un aleteo silbante que se produjo al pie mismo del arbusto; y acudí a ver de qué se trataba.

Entre unos manojitos de pasto que se estremecían y trepidaban, pude descubrir una motita iridiscente en la que identifiqué a otro pajarillo de la misma especie, el cual se debatía batiendo sus alas en rapidísima vibración, como si tratara inútilmente y con máyusculo esfuerzo de levantar el vuelo. Debía ser la insospechada pareja del nervioso colibrí de mis observaciones, que en defensa de ella continuaba obstinado en distraer al gato y en mantenerlo alejado del desvalido del suelo.

Al principio imaginé que éste habría sido alcanzado y herido por los zarpazos del felino. Mas resultaba difícil admitir que un pajarillo tal, debilitado por alguna lesión física,

pudiese mantener el indudable desgaste que originaría aquel frenético cuanto vano aleteo zumbante. Y también, que hubiera escapado, de ser así, a la voracidad asesina del gato.

Lo tomé con sumo cuidado en el hueco de mi mano y lo levanté para examinarlo. Su cuerpecillo, descontado el plumaje, no abultaba más que un moscardón corriente; pero en la expresión de sus ojuelos enrojecidos por el espanto de sentirse cautivo, se podía notar que sus emociones eran tan intensas como las de cualquier ser vivo de mayor tamaño. Soplé la pluma para buscarle la herida, y comprobé con alivio que estaba ileso.

Entonces intuí que, como sucede a los rabifurcos, a las golondrinas y a otras aves igualmente configuradas, al colibrí sólo se le ve reposar en las ramas, en los cables y al borde de las cornisas, porque únicamente lanzándose al vacío recobra esa facultad de volar en la que es tan ducho. Quien sabe por qué accidente o descuido, este sunsún había caído al suelo, donde debatiéndose entre el zacatal no acertó ya, por la cortedad de sus patitas, a remontarse de nuevo.

El susto que advertía en sus ojos y en el atropellado latir de su víscera cardíaca, me hizo sentir piedad de él. Y traté de colocarlo en una ramita... Pero apenas se sintió libre y suspendido en el aire, cuando salió disparado, volando con un zumbido silbante hacia las tapias del fondo.

La otra chuparrosa debió percatarse de ello. Pues desistió de pronto de su provoca-

ciones al gato y partió volando en su seguimiento.

Esto confirmaba mi impresión de que toda la fanfarrona temeridad de sus jugueteos no era más que una artimaña heroica, ejecutada con el fin de mantener alejado y distraído al felino para proteger a su indefenso compañero. Y me conmovió, pues parecía asombroso que el cerebro y el corazón de seres tan diminutos funcionasen con esa capacidad para la astucia y para el cariño, facultades que se antojan exclusivas de los animales superiores y que son motivo de tanta vanagloria en el género humano.

Desde antes había tenido vaga la sospecha de que el picaflor que contemplaba volando en torno al arbusto, no era siempre el mismo. En ocasiones, el rojo de su gorguera lucía muy encendido; y en otras parecía tender a un amarillo anaranjado más opaco, aunque creí poderlo atribuir a los reflejos de la luz y a las alternativas del celo en el hermoso pajarillo.

Ahora me hallaba seguro de que se trataba de una parejita de hembra y macho. Y la ausencia de uno mientras trabajaba colectando miel el otro, conducía a la convicción de que estaban anidados no lejos de allí y se turnaban para no abandonar sus óvulos o sus polluelos.

Impulsado por la curiosidad de observar a sus crías, que debían ser casi microscópicas, me di a buscar el nido. Y siguiendo las evoluciones de uno de los padres, no tardé en dar con él en la coyuntura de dos ramitas en un

frondoso "manto-de-la-Virgen" que trepaba por el follaje de un toronjo.

Encaramado en una escalerilla de tijera conseguí asomarme a verlo. Era del tamaño de una media cáscara de nuez, aunque bien confeccionado y mullido. Y en su fondo se advertían tres gusanitos desnudos, que abrían ansiosamente unas bocas tan grandes como su cuerpecillo solicitando comida.

Me aficioné a vigilar el desarrollo de esos minúsculos seres. Y un dia quise contribuir a él dejando caer con una aguja hipodérmica una gotita de miel de colmena por la oquedad de sus picos glotonamente abiertos. Esto hizo que cuando llegaran sus padres a cebarlos se mostrasen inapetentes, y uno de los gusanitos murió, creo que de empacho.

Comprendí que la miel que sus progenitores regurgitaban en sus gargantas iba a medio digerir, y desistí de darles directamente eso que podía causarles daño. Y entonces se me ocurrió improvisar una florecilla artificial con pétalos de margarita pegados en torno a un dedal lleno de miel y atarla a la rama inmediata.

Los dos colibrís adultos tardaron algo en identificarse con ese dispositivo, del que acabaron sorbiendo miel que donaban, ya medio digerida, a sus dos pequeños hijos.

Después se me ocurrió favorecer el retoñar de la mata de "Manto-de-la-Virgen" librándola de hojas marchitas. Y al hacerlo, privé de la sombra necesaria a los polluelos, uno de los cuales murió tostado por el intenso sol del mediodía.

El pichoncillo restante estaba ya medio emplumado y se le iba alargando el pico, que de recién nacidos tienen como cualquier otro pájaro, cuando unas hormigas carnívoras descubrieron el dedal de miel y después de entrar a saco en su contenido, invadieron el nidito y le sacaron los ojos a ese último polluelo.

Furioso contra mi imprevisión y torpeza, quise vengarme en los hemípteros, y tomando un aspersor de insecticida, rocié profundamente el ramaje para castigar su cruel alevosía... Y no sé si fue que la rociada con ese mortífiero veneno cayó sobre la epidermis de las dos avecitas adultas penetrando a través de ella en su organismo o éstas se envenenaron libando miel de la que en el dedal quedaba, y que la aspersión del plaguicida contaminó, pues la una apareció muerta al pie del "Manto-de-la-Virgen" y la otra debió morir más lejos, ya que jamás la he vuelto a ver.

Cuando descubrí este último acto de la tragedia de mis chuparrosas creí comprender cuán destructivo es el hombre, aun sin proponérselo. Y por distraer mi pesadumbre, recogí el pequeño cadáver del último caído, y me dispuse a efectuar su disección con el máximo cuidado, sin otra finalidad que la de conocer el riguroso orden de su frágil organismo.

Proporcionados a su tamaño diminuto tenía todos los órganos que tiene cualquier otra de las aves y casi los que tenemos los mamíferos: garganta, traquea, cerebro, oído, molleja, pulmones,hígado, intestino, una di-

latada lengua dura con un conducto a todo lo largo para la succión del néctar y un ínfimo pero potente corazoncito. Era pues, un animal superior a pesar de su mezquino tamaño que nos hace verlo con conmiseración y desprecio. Y era tan superior que pertenecía a la clase más evolucionada del reino animal conforme a una escala que unos naturalistas han establecido; esa que se basa en el número de facultades locomotivas que se dan en cada clase zoológica. La que explica que los peces tan solo nadan, mientras que sus descendientes los anfibios nadan y saltan, en tanto que el producto de la evolución de éstos, los mamíferos, nadan, saltan y caminan y las aves suelen nadar, saltar, caminar y volar señoreando así un número mayor de espacios.

De hecho, me parece que los picaflores están, de acuerdo con esta jerarquización nada arbitraria, en una etapa más evolucionada todavía, supuesto que aparte de las cuatro facultades locomotivas mencionadas, poseen una más que, si nuestra imprevisión y torpeza no llega a extinguir la especie como lo ha hecho con la de los verderones, el ticux, los mirlos, los cucaracheros y muchas más, quién sabe al dominio de qué mundos pueda conducirlos: la de mantenerse suspendidos y quietos en el aire gracias a la especial modalidad de su vuelo.

Lo asiento aquí como retribución por el daño que le hice a esa minúscula pero deliciosa familia.

Cierta sórdida celda en una cárcel pueblerina se había hecho famosa porque cada amanecer aparecía inexplicablemente muerto uno de los confinados en ella por la ley.

El borrachito conocía esa fama y la temía. Y aunque estaba beodo perdido cuando lo encerraron, resolvió sobreponerse al sueño que lo amagaba y mantenerse toda la noche en vela tratando de escapar a esa condenación.

En vez de echarse en el astroso petate tendido junto a la pared del fondo, se encaramó en cuclillas sobre la taza del inodoro, decidido a permanecer en postura tan poco propicia al sueño, y al atisbo de cualquier rumor o presencia que delatara la cercanía del misterioso asesino. No quería morir. Y aunque sus corvas se cansaron pronto y se entumían, y la pesadez de la borrachera embotaba su entendimiento, no se dejó derrotar por las exigencias del cansancio y el sueño.

A media noche se fue la luz, que una modesta planta diesel proveía, y la celda trágica quedó en tinieblas. Pero el borracho presentía que la muerte acechaba; y consciente de

rrogados acertó a saber lo que era un alacrán. Y suspiró confortado.

Pero no le abandonaba todavía la desconfianza y el temor de un equívoco. Y para estar plenamente seguro de que jamás había sido vista allí una de esas nefandas alimañas, reunió a un grupo de ciudadanos y se puso a dibujarles la figura del insecto sobre el polvo del camino.

Su dedo trazó primero un óvalo con ocho puntas que pretendía representar el cuerpo con sus patitas; y uno de los espectadores se precipitó a suponer que preguntaba por alguna estrella. Mas, el temeroso aclaró que el alacrán era un animalito terrestre y no tenía nada que ver con los astros siderales. Dándoles a entender que el dibujo no estaba completo todavía, siguió trazando con el índice sobre el polvo, los rasgos curvos y convergentes de los dos brazos rematados por las tenazas anteriores; y otro de los espectadores se anticipó a considerar que buscaba un bogavante. Pero el temeroso denegó, asegurando que el objeto de su pesquisa era una bestezuela terrestre y por ningún concepto marina como la que aquel impaciente mencionaba.

Para completar la figura, la extendió a partir de su lado posterior, punzando con el índice una y otra vez sobre el polvo del suelo, hasta dejar impresa la sucesión de segmentos que configuraban la cola... Mas, al terminar con la bulbosa falange final, donde lleva encerrada la ponzoña inyectable, y mientras trazaba con la uña el corvo aguijón insertado en ella, sintió en la yema del dedo una como

punzada quemante cuyo doloroso ardor se difundió por todo su torrente sanguíneo.

—¡Ah! — exclamaron a coro los interpelados—. Este hombre se refiere al escorpión, el cual es aquí excepcionalmente venenoso y abunda tanto que se puede encontrar un ejemplar bajo cada partícula de polvo del camino.

Pero el hombre temeroso no lo escuchaba ya. Derribado de espaldas, se debatía convulso en los estertores de la muerte, con la boca llena de espuma y la sangre encendida en brasas por la ponzoña del animal que la fatalidad unciera indisolublemente a su destino.

En aquel convivio, enmarcado por el exultante escenario de una pradera bucólica, mozas y mozos llenaban de alborozados gritos y exclamaciones la campiña.

Mas, en medio de ese retozar enloquecido, ella lucía su cautelosa dignidad en la pausa espontánea y señorial de todas sus actitudes y movimientos. Bella como una sílfide, pulcra como una reina y candorosamente ingenua como un cervato, sólo algunos fulgores tímidos en sus mejillas mostraban cuándo amenazaba alterarla una ocasional contigencia. Con ser una primorosa figurita de saludable carne humana, cierta alada espiritualidad trascendía de toda ella dándole una condición delicada, casi arcangélica.

Cuando llégo la hora de comer resultaba punto menos que imposible imaginarla mas-

ticando un vil bocado. Pero su exquisita discreción la hizo acudir modestamente entre las démas, aunque envuelta siempre en aquella inevitable distinción innata.

En tanto que las otras se dejaban caer con desaprensión y desgarbo sobre el césped, ella fue a buscar, para sentarse, se diría que con estudiado decoro, una raíz aflorante del gran árbol que proyectaba su sombra en los manjares distribuidos sobre el albo mantel. Dobló rodillas y talle con un ritmo reposado y cadencioso, y sin forzar un músculo que descompusiera su delicadeza, se aposentó suavemente, efectuando hacia atrás un leve movimiento de cabeza para recoger sobre la nuca las negras crenchas de su pelo y descubrir en involuntaria ostentación el alabastro de un cuello alto y ebúrneo y la correción de ensueño del semblante. Era y se veía como la imagen misma del comedimiento, la pulcritud, la discreción y la compostura.

Mas, de pronto, la augusta serenidad de aquellas facciones, que recordaban por su espiritualidad a la Venus de Botticelli o a una virgen del Beato Angélico, sufrieron cierta contracción que delataba apenas un sobresalto de contenido dolor y de espanto recóndito. A nadie previno de lo que sucedía. Se esforzó por sobreponerse sin que alterara el esmerado tono de su compostura ni prorrumpiese en gritos o exclamaciones vulgares. Recorrióse levemente a un lado, todavía sin descomponer la dignidad que la nimbaba, y pareció rechazar con un sollozo el bocadillo que una mano solícita le ofrecía.

Sin embargo, poco a poco, su rostro de hada buena comenzó a transfigurarse y fue progresivamente invadido por sombras amarillas y violáceas. Un sudor frío resbaló por su frente y sus mejillas. Y apoyando el codo en el tronco del árbol, hubo de detener su cabeza, que se le vencía, sobre el cuenco de la mano nívea y temblorosa. Los estragos de la congestión iban deformando los armoniosos rasgos de su faz y un latido de asfixia parecía estrangularle la garganta y sacudir su torso en espasmos angustiosos.

Al cabo, por el doble pétalo carmesí de sus inviolados labios de virgen pura apareció irreverente una burbuja de baba. Su respiración se agitaba por momentos haciéndola estremecer, y el pincel siniestro de la demacración sombreó cada relieve del semblante de gris, en tanto que se insinuaba en ellos el rictus anguloso de la muerte.

No obstante, todo eso parecía insuficiente aun para doblegar su dignidad soberana...

Hasta que, después de un rato de silencioso debatirse en la agonía, se quebró del talle y sin exhalar una queja fue desplomándose suavemente de espaldas sobre el césped de la pradera. Su vida se apagaba por momentos, sin que la ansiedad de los circunstantes consiguiera arrancarle una sola palabra en torno a lo que le sucedía; tronchada y muda, igual a una flor cuyo frágil tallo se ve alcanzado por el fuego.

Y, ¿cómo hubiera podido dañar el decoro y la finura consubstanciales de su imagen clamando por un socorro que no puede reco-

nocer reticencias de dignidad, delicadeza ni compostura, si el irreverente alacrán que esa tarde la mató había inyectado la ponzoña de su aguijón en lo más discreto de su casta y pudorosa anatomía?...

Índice

Prefacio 7

Mis únicos versos

Yaqui 11
Romance de Mazatlán 15
- Playa norte 15
- El faro 16
- Olas altas 17
- Noches de la ciudad 18
- Mañanas en la ciudad 19
- Tardes en la ciudad 20

Trasunto 23
Romance del buen indio Juan Domingo 27
Norte 31
El yermo y el ideal 33

Fábulas

Fábula de la begonia silvestre 37
Fábula del palomo blanco 45
Fábula de las hormiguitas 51
Fábula de la chuparrosa 59
Fábulas del alacrán 69

Fábulas y versos se terminó de imprimir en marzo de 1991 en los talleres gráficos de la Dirección de Publicaciones de la Universidad de Guadalajara.

Tiro: 1,000 ejemplares

A pesar de ser autor
de 37 obras, aparecidas a lo
largo de medio siglo de trabajo,
ésta es la primera vez que Ramón
Rubín (Mazatlán, 1912) consiente
publicar versos y fábulas. Escritos
hace ya algunos lustros, estos
textos aparecen ahora con
la novedad y la alegría de
una feliz travesura.

la Cordillera